LA HOJA DE PARRA

REVISTA FESTIVA

APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración de los más ilustres escritores y dibujantes

NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS.

Oficinas:
MÉNDEZ ALVARO, 2, PRIMERO

Apartado de Correos número 547
MADRID

En Valencia: VICENTE PASTOR, Victoria, 11.

CONSULTA

de médico ex interno del Hospital de San Juan de Dios. Enfermedades secretas, matriz y vías urinarias.

Curación radical de la sífilis, sin peligro, con el

606

De cuatro á seis de la tarde, 2,50 pesetas. Especiales, 5 pesetas.

Calle Santa Bárbara, 2

(esquina á Fuencarral, 72)



LIBRO INTERESANTE

HIGIENE DE LA MUJER

ARTE DE SER BELLA

POR LA CONDES DE

VISALROVEVI

3 pesetas en las oficinas de LA MODA PRACTICA, Marqués de Cubas, 7.—**Madrid.**

CENTRO PERIODÍSTICO DE JOSE LERIN Abada, 22 -:- Kiosco frente á Apolo

Envíos de periódicos y libros á provincias

Pídanse precios de publicidad en LA HOJA DE PARRA á la Administración, Méndez Alvaro, número 2, Madrid.

Para poder abandonar el perjudicial

VICIO DE FUMAR

y conseguir la completa curación de las

afecciones de las vías respiratorias

tómense las

Pastillas del Dr. Laboschin

Medicamento recomendado por varias eminencias médicas.

Dos pesetas caja en todas las buenas farmacias de España.

VILLA QUE SE ARRIENDA

En el paraje más bello del Sardinero, enfrente, sobre y junto al mar libre, en la carretera, é inmediata al ferrocarrilito, á 200 metros del Gran Casino, se cede una villa amueblada, con ropa para todos los servicios, diez camas, seis dormitorios, comedor, vajilla, servicio nuevo de mesa, etc., etcétera, etc ; y por la tercera parte de su precio á causa de tener que ausentarse los actuales arrendatarios. Darán razón en la Administración de EL LIBERAL.

AÑO I. Madrid, 30 de Septiembre de 1911. NUM. 22



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.
DARÍO PÉREZ
Trata de blancas.
EDUARDO ZAMACOIS
Pesadilla.
GONZALO CANTÓ
La fuente del castaño.
EL CONFESONARIO
Artículos de CARIDAD ALVAREZ y LUIS FREG
ANGEL GUERRA
La heul'a.
A SANCHEZ CARRERE
Cantares.
FERNANDO AMADO
La posesión de Tomasa.
JOAQUÍN DICENTA (HIJO)
Un beso.
LUIS HUIDOBRO
La siesta.
JACINTO CARMÍN
La verdad de la interview
TOVAR, «CYRANO», GARCÍA, GASCÓN y ALFONSO

Caricaturas y retratos de Laura Figueroa, Caridad Álvarez, Lola Barco, Salillas, Angel Guerra y Luis Freg. Desnudos de nuestras artistas y otros dibujos.

5 cénts.



LAURA FIGUEROA

Gentil nenita que en breve exhibirá su palmito y su aristocratismo en uno de nuestros escenarios de «varietés».



SANTA RITA, SANTA RITA;
LO QUE SE DA, NO SE QUITA

«Nicolasa H··· A··· es una pobre muchacha que tuvo la malaventura de que su ama, Josefina M···, patrona de una casa de huéspedes, la despidiese sin pagarle parte del salario.

La incauta Nicolasa volvió á casa de Josefina á exigir el pago de la deuda; pero lejos de cobrar, fué obligada por el huesped I··· V··· á entregarle el corsé y las ligas que llevaba puestas, devolución que exigió hacer á título, sin duda, de haber sido el que le regaló las mencionadas prendas.

Pero no fué esto solo: Josefina obligó también á Nicolasa á suscribir un recibo de ocho pesetas como si las hubiese recibido.

(De un periódico.)

Decid, lectoras amigas: Si es cierto que don I. V. dió á Nicolasa unas ligas y un corsé, ¿no es verdad que esa atención del huésped á la sirvienta, debió de ser con su cuenta... y razón?

✣

¿Sería tal vez que, sobre la blanda alfombra del césped, folgase un día la pobre con el huésped; y que él, viendo cómo le sacrificó su virtud, se los diese en prueba de gratitud?

✣

¿Sería quizá porque ella, por culpa del seductor, dejase de ser doncella de labor; y que, como ella temiese no hallar tan buen acomodo fuera de allí, le sirviese para todo?

✣

¿Sería que él, al gustar de la fruta prohibida, no la quisiera dejar de por vida; y que, ansiosa de servir al huésped, la Nicolasa jamás se quisiera ir de la casa?

✣

¿Sería que, como algunos amantes son tan sencillos, le regalara ella unos calzoncillos, pongo por ejemplo; y que—tal vez pasando fatigas—él la comprara las ligas y el corsé?...

✣

Lo ignoro; pero es el caso que la pobre Nicolasa se fué un día de la casa, porque acaso la tal doña Josefina sorprendió á los dos en una misma cama, y armó alguna tremolina.

✣

¿Qué tiene de extraordinario que Nicolasa volviera, con el fin de que le diera su salario la susodicha patrona; ni que (al no darle ésta nada) le saliese, en fin, la criada respondona?

✣

Y hasta paso, ¡qué caray!, por la «broma» del recibo, puesto que en el mundo hay mucho «vivo»; pero, lectoras amigas, lo que no me explico es que le reclamara él las ligas y el corsé.

✣

Pues si dice la canción: «Santa Rita, Santa Rita; lo que se da, no se quita», no hay razón para quitar (á mi modo de ver) lo que ya se ha dado; y aun menos... después de todo lo pasado.

✣

Porque sí que algo pasó, de fijo, entre ella y el huésped, fuera ó no fuera en el césped —digo yo;—y «entiendo» que don I. V. debió de hacer buenas migas con ella, al darle unas ligas y un corsé...

✣

Pues sería yo bien necio si creyese que en las tiendas venden á tan bajo precio tales prendas de señora, para que cualquiera dé á sus amigas—«de rosas»—un par de ligas y un corsé.

✣

Y, como estoy convencido de que el huésped obró mal—después de dar al olvido, de la tal patrona, las malas artes,—yo haría (si fuera juez) que se arreglaran las partes otra vez...

Carlos Miranda.

TRATA DE BLANCAS

I

ENTRARON en el saloncito, como un rebaño de animalidad resignada. Cubrían el cuerpo, aquellas mujeres, de vistosos trajes. El corcho quemado agrandóles los ojos, el agua engomada tirábales el pelo bien sujeto en lo alto, en la complicación de peinados japoneses. El rebaño exhalaba olor penetrante de perfume barato. Todas fueron sentándose con crujir de enaguas planchadas: todas fijaron la estúpida indiferencia de su mirada en el nuevo visitante.

Tumbado en el sofá de damasco, desteñido y deshilachado por el roce frecuente de los parroquianos, Alberto experimentaba cierto embarazo. Ocurríale siempre igual. Punzábale el deseo hasta hallarse frente á frente de las mujeres de alquiler. Entonces invadíale una compasión que le aflojaba los nervios.

Pero Alberto se vió ridículo, dominado por altruísmos en medio de la recua, y preguntó á una:

—¿Cómo te llamas?

—Irene—contestó abriendo y estirando los brazos en un movimiento de aburrido cansancio.

—¡Ven, niña, acércate!

Irene fijó en él sus ojos y no se movió. Pareció turbada ante aquel señorito, de otro linaje que los contertulios de cada noche, que llevaba amplia y lujosa corbata recogida por una gran perla negra y calzaba brillantes botas de charol.

—¿No quieres venir?

—¡Anda, tonta! ¡Si es más infeliz!... ¡Pues no está cortada!... ¡Anda, mujer, anda!—dijo la dueña de la casa.

Irene se levantó pausadamente, y, baja la cabeza, fué al sofá, sentándose al lado del señorito.

El saloncito se estremeció, á la luz dudosa del quinqué, en un prolongado crujir de enaguas. El rebaño desfilaba, lentamente, como si pasase sobre las cabezas japonesas la animalidad resignada, dejando estela de perfume barato.

II

NUESTRAS COCOTAS



LOLA BARCO

—¡Tiene usted buen gusto!—le había dicho á Alberto la dueña, al salir, enseñándole los dientes rotos en una sonrisa adulona y grotesca tan conocida de los parroquianos.

En efecto; aquella muchacha que quedaba allí, al lado de Alberto, en la soledad del saloncillo, era la reina de la casa.

Tersa todavía la piel, desmadejábase su cuerpo con cierta atractiva distinción.

Alberto la cogió una mano.

—¿Te llamas Irene?

—Es mi nombre de guerra. Me llamé Margarita.

—¿Lo recuerdas aún?

—Ya lo creo.

—¿Eras entonces feliz?

¡Oh! Ella no sabía decirlo. Lo que sí sabía es que estaba más contenta. Ahora no trabajaba, como cuando vivía con su padre, pero, eso sí, este oficio era muy duro.

—¿Te maltratan?

Margarita no contestó.

—Dímelo, no tengas miedo. No he de decirlo á la dueña. Sé que todas sois maltratadas y explotadas, y es una lastima. Tú habrás sido buena... Es imposible que te guste este encierro perpetuo.

Margarita miraba con asombro. Aquel lenguaje suave, cariñoso, impregnado de cierta ternura desconocida para ella, caíale en el alma como fresco rocío estimulándola á la expansión.

—¡Sí, es dura esta vida!... Me canso. El ama nos lleva todo lo que ganamos... Mire usted. Este traje comprado en prendería, me cuesta cuarenta duros; el sombrero que tengo, quince; de fijo no vale cuatro. Así todo lo demás... He de pagar la comida: tres pesetas diarias; y si me apetece comer algo fuera de hora, he de pagarlo caro. Gano bastante; pero he de pagar, además, la lavandera, la planchadora, la peinadora... Agregue usted las multas. Así, que apenas entramos en la casa ya estamos empeñadas y la deuda siempre creciendo... Luego trabaje usted con ganas ó sin ganas, siempre, con cualquiera, y sufra usted la brutalidad de los hombres hasta la madrugada...

—¿No tienes algún amigo?

—Nadie.

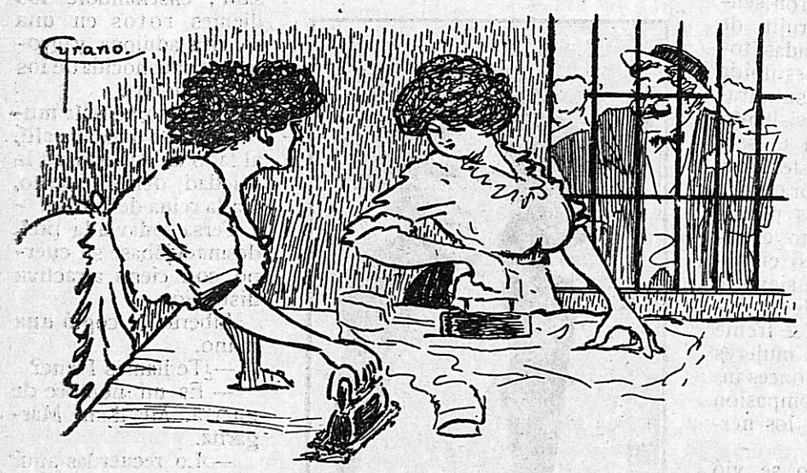
—Yo lo seré tuyo.

Alberto é Irene fueron simpatizando. El iba diariamente á la casa. Ella le aguardaba poniendo más cuidado en la *toilette*.

Alberto era muy atendido por la dueña, la señá Francisca.

Para demostrarle su confianza, dejaba que Alberto se llevase á Irene todas las noches á un restaurant modesto y casi inmundo, próximo á la mancebía.

DE LA ÚLTIMA HUELGA



—¿A qué viene ese, á invitarte al «paro»?

—¡Quiá, hija! Todo lo contrario.

III

El Laurel frondoso era un gran salón de obscuras paredes y ahumados los altos techos.

Al entrar por el angosto y sombrío pasillo, alguna puerta indiscreta dejaba ver siempre la misma escena: hombres y mujeres en promiscuidad sin recato; jóvenes y viejos tragando ruidosamente; amantes abrazados...

El camarero reservaba el mejor departamento para *el señorito*, con la solicitud cierta de la buena propina. Margarita arrojaba su boa de plumas lacias, y sentábase en el gran diván, al lado de su compañero.

Algunas noches acudían amigos. Reían, bromeaban un rato y se marchaban. Entonces servía el camarero la cena. Alberto se contentaba con apurar, á pequeños sorbos, una copa de cerveza. Ella devoraba. Encendía, al fin, un cigarrillo, y, apoyados los codos en la mesa y la barba en las manos, adormecíase en el cansancio de su digestión.

Acababan por caer en el ancho diván, enlazadas las manos, juntas las bocas, olvidados de todo, hasta que los parroquianos desaparecían, apagábanse las luces y de lo alto venía un silencio reparador acariciado por el primer destello azul de la madrugada.

Margarita y Alberto salían entonces á la calle, del brazo, en dulce coloquio, hasta la casa de ella. Dábala un último beso y—¡Hasta mañana!—decíanse.

Calle arriba enderezaba Alberto, pensando que aquello no podía continuar así, que Margarita estaba regenerada, que le interesaba la chiquilla y que era ridículo esperar otra noche casta, incendiada por los arrebatos voluptuosos de una mujer que quería acabar de una vez.

En la casa burlábanse las compañeras, ocultando su envidia por la suerte de Irene. Ella vivía en voluntaria viudez, rechazando á los parroquianos más espléndidos. Se propuso Alberto amueblarla un piso.

Convenidos, pagó la cuenta y una noche la Irene dejó la mancebía después de besar con ternura á la dueña, que la abrazó apasionadamente á tiempo de guardarse en el bolsillo el precio de la entrega.

—Ya véis—decía después á las pupilas,—así pagáis los sacrificios que hago... ¡Desvívete por cuidarlas y arreglarlas, para que luego se encaprichen y te vuelvan la espalda! Qué malas perras sois todas! Y luego, «¡que los explotan!»...

IV

Margarita y Alberto parecían satisfechos.

Diez, quince, treinta días pasaron. Alberto seguía confiado y contento, pero le faltaba algo. Habíale ella ofrecido los recónditos secretos del oficio; pero allí todo era carne. Alberto echaba de menos alguna sutil delicadeza de esas que alejan el hastío ó lo abortan. Ella era una hembra, sólo una hembra, una bestia que se entregaba y cumplía su deber. ¿La habían acaso enseñado otra cosa? ¿Qué más se quería de ella?

Pero Margarita también llegaba á aburrirse. Satisfecha su vanidad de *ser sacada*, de que se pagase su cuenta y abandonar la mancebía, de estrenar piso y sombrero y traje de seda, fastidiábase en aquel cuarto limpio, sin el hipo del vicio comunal, sin la mostaza de los chistes brutales.

No le interesaba salir á la calle por su no vencido temor á la caza policíaca. Margarita fumaba y cerrando los ojos, añoraba el recuerdo de la mancebía.

Hasta le agradaba pensar en aquellas noches de la carrera, en que invitaba al transeunte al amor rápido. ¿Qué habría sido de Lola, la puerca buscona de viejos? ¿Y de la otra gorda que enseñaba la pantorrilla desnuda y bebía como un carretero?...

V

Una noche llegó Alberto á la casa. Se extrañó no encontrar á su amante.—¿Dónde está Margarita?

La fiel guardiana no pudo ocultar su turbación.

—¿Qué pasa?

Al fin habló. Margarita habíale confesado aquella tarde que recibía otro amante cuando se iba Alberto. ¡Aquéllo le aburría!... El era bueno, pero le decía cosas que no entendía. No podía más. Aquella noche no quería aburrirse, se iba con sus compañeras, donde había vino y juerga, y gran baile. Y se fué

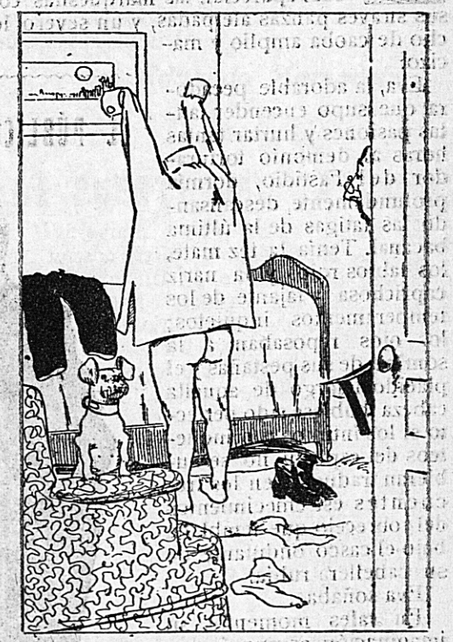
En la mancebía, el retorno no produjo emoción ni asombro. Estaban acostumbradas. Acaso á las compañeras les disgustó la vuelta, porque ganarían menos... La dueña, pensando en nuevos lucros, la recibió con cariñosas reconvenciones.

—¿Lo veis? ¡Si os lo digo y no me hacéis caso! Estáis aquí como las propias rosas. Bien vestidas, bien comidas, cuidadas... ¡Y aún dicen que os explotamos! Vosotras mismas volvéis y abandonáis vuestros amantes... Y cambiando de tono, dió un golpecito en el hombro á Irene:

—Anda, hija, vé—la dijo,—al cuarto de la Ventura. Allí encontrarás de todo: toalla, jabón, peine y un espejo, que puedes quedarte. No soy explotadora, pero como no están los tiempos para regalos, abriremos cuenta nueva. Por todo eso sólo te pondré veinticinco duros... ¿No te parece?... Mañana vendrá la modista. ¡Anda, hija, anda! Todos los parroquianos te echaban de menos. ¡Gracias á Dios que estás aquí! ¡Si no podía vivir sin la hija de mi alma!...

Darío Pérez.

ENIGMA CRUEL



—¿Es al Sr. Gutiérrez á quien tengo el honor de hablar?

PESADILLA

LA luz de la lámpara verde, suspendida en medio del dormitorio, envolvía los muebles en una soñolienta hopalanda luminosa, triste como una neblina otoñal, bajo la cual aparecían las marquesitas con sus suaves panzas afelpadas, y un severo lecho de caoba amplio y macizo.

Eva, la adorable pecadora que supo encender tantas pasiones y hurtar tantas horas al demonio torturador del Fastidio, dormía profundamente, descansando las fatigas de la última bacanal. Tenía la tez mate, los labios rojos y la nariz caprichosa y tajante de los temperamentos inquietos; los ojos reposaban á la sombra de sus pestañas y el plácido letargo de aquella cabeza hubiese sido perfecto si los íntimos rebrinqueteos del espíritu no se hubieran traducido en los frecuentes estremecimientos del sobrecejo que temblaba bajo el casco ondulante de su cabellera rubia.

Eva soñaba...

En tales momentos su imaginación componía una fábula en que había retazos de realidad vivida y jirones del mundo quimérico... Aquella noche Eva y otra mujer muy hermosa también y muy ducha en los ladinos discretos y taimerías del buen parecer, se disputaron el corazón del mismo hombre, y Eva triunfó.

—Soy invencible—murmuraba la joven soñando;—el cetro de la belleza no caerá nunca de mis manos. No hay mujer que me rinda... Mi belleza es como manantial que no se agota, como sol sin ocaso...

Y discurriendo así, Eva vió venir hacia ella un largo rosario de sombras blancas, que se acercaban pausadamente y con el diestro índice sobre los labios, en la actitud de esos ángeles silenciosos que ornan los grandes monumentos sepulcrales. Aquellas mujeres parecían hermanas gemelas, tan grande era su semejanza; todas muy pálidas, muy tristes, con afiladas narices hebráicas y rasgados ojos melancólicos...

—¿Quiénes sois?—preguntó Eva.

—Somos las Horas...—dijo la primera.—Somos las Horas—repitió como un eco la segunda... Y seguían desfilando una tras otra, con paso quedo y cogidas de las manos... Y como la gentil pecadora tornase á preguntar quiénes eran y qué pretendían de ella, las Horas contestaron:

—Somos las omnipotentes motoras del mundo. En nuestros senos nace y muere todo, y el cosmos no existiría sin nuestra colaboración. Estamos en todas partes, el Tiempo es nuestro padre y nuestro verdugo, y somos tan numerosas que llenamos el espacio. Del infinito venimos camino de la inmensidad; las Horas que se van no vuelven y, sin embargo, el raudal de las Horas, á despecho de fluir eternamente, no se agota nunca... Nosotras que asistimos al nacimiento del Sol y á la formación de la Tierra, también seremos testigos de su ruina y desmoronamiento; nosotras somos las hadas invisibles que secamos los mares y allanamos y hundimos los palacios más solidos, y deslustramos las cordilleras y el recuerdo de las hazañas más memorables y aventamos el polvo de las ruinas... Hace un momento, la satisfacción de un triunfo efímero prendió en tu ánimo la presunción de que tu belleza era invencible y todopoderosa... Te engañas; las únicas deidades omnipotentes somos nosotras...

—¿Y ese poder infernal, lo emplearéis en contra mía?—preguntó Eva.

EL PÚBLICO DE LOS CINES



EL SABIO SALILLAS

—Sí; contra tí y contra todo, que tal es nuestra misión...

—¿Y me mataréis?

—Sí.

—¿Y me afearéis?

—Sí... ¡Cómo! ¿No sabías que Venus murió á manos de las Horas?...

Eva quiso protestar y huir de aquel calenturiento aquelarre, pero no pudo; y *ellas*, las Horas implacables, tornaron á murmurar con ese sonsonete manso y arrullador del remusgo que susurra entre las cañas:

—No te envanezcas, pobre pecadora, porque eres sierva nuestra, y prostérnate ante nosotras recordando que lo Pretérito y lo Porvenir de Horas están formados...

Y hablando así, las terribles hijas del Tiempo seguían desfilando.

—Acuérdate, Eva—continuaron diciendo—que en una Hora naciste y que á manos de una de nosotras habrás de morir... Ahora tus Horas son jóvenes, lozanas, alegres y soñadoras, como tú misma; mas recuerda que las Horas buenas pasarán y vendrán las de la vejez. Horas nefandas que marchitarán tus mejillas, y dulzurarán el fuego de tus entrañas ardientes, y tornarán fétido el hogaño vaho amoroso de tus labios y quemarán tus párpados... Recuerda esas Horas y luego aquella hora trágica, suprema, en que el Sol no brillará para tí...

Y escuchando tan tremendas amenazas, Eva horrorizada despertó, mirando los muebles envueltos en la voluptuosa luz de la lamparilla verde. Luego, queriendo asegurarse por sí misma de lo que había soñado saltó del lecho y corrió á mirarse en el espejo de un armario...

—¡Oh, qué sueño tan fatídico!—murmuró:—envejecer, morir... ¿qué importa?... Soy joven, soy hermosa... Gocemos, pues, mientras mis nervios sientan el supereminente deleite de vivir...

Y sacudió su abundosa cabellera rubia, aquel casco soberbio que aún no habia recogido ese polvo que levantan las Horas en su marcha triunfal.

Eduardo Zamacois.

LA FUENTE DEL CASTAÑO

Protegía la sombra de un castaño
el agua cristalina y transparente
de un manantial que llamaremos fuente,
aunque le falta para serlo el caño.
Bajó un rudo pastor con su rebaño,
deseando saciar la sed ardiente,
y encontróse á una joven inocente
que se miraba son asombro extraño.
Una y otro bajaron la cabeza,
miráronse en las aguas á hurtadillas...
y aquí el delirio pastoril empieza.
Dobló ante ella el pastor las dos rodillas,
perdió el agua su límpida pureza
y la niña el color de sus mejillas.

Gonzalo Cantó.



Exposición de 1911. **ABANDONO, por J. Corabœuf.**



El confesonario

CARIDAD ÁLVAREZ

Tengo poco de vanidosa, y nada, ó casi nada, de presumida; pero confieso que me agrada sobremanera que los lectores de LA HOJA DE PARRA fijen su vista en mi retrato y su atención en las bobadas que, muy gustosa, voy á escribir para tan simpática Revista. ¡¡LA HOJA DE PARRA, escrita por la Caridad Álvarez!! Me voy á poner la mar de hueca.

¡Ahí es nada, Caridad Álvarez, que en su modestia sólo se atrevía á escribir á la familia, convertida en una de las más firmes columnas de LA HOJA DE PARRA!



CARIDAD ALVAREZ

Lo malo es que yo apenas si sé hacer otra cosa que cantar, y mi vida está muy escasa de aventuras.

Pero, ¡bah!, con no reincidir, estoy al cabo de la calle.

A muchos lectores les chocará que, dados mis pocos años y el no ser completamente despreciable—el retrato puede decirlo—, no tenga novio.

No, señores; no tengo novio, porque estoy locamente enamorada, y sólo vivo y aliento y pienso en mi pasión.

De fijo que ya han adivinado ustedes que mi novio es el público, ¿verdad?

¡Y qué novio!

Cuando se sienta en su butaca plácido y satisfecho, ya no hay peligro ninguno: los artistas podemos hacer lo que nos dé la gana; pero ¡ay!, si aparece gruñón y descontentadizo, ya no nos salva ni la bula de Meco.

Un gesto, una nota apenas rozada, la más sencilla equivocación, tolerada la noche antes sin enojo, le saca de tino, y chilla y patalea como niño mimoso á quien se niega algo.

Yo, en buena hora lo diga, me he visto en pocos trances de estos.

Empecé una niña, una arrapieza que escasamente alzaba dos palmos del suelo cuando hice mi debut en Romea.

Tengo un carácter muy alegre y me perezco por los chistes. Odio á muerte las personas excesivamente sensatas, los periódicos abrumadoramente serios y las obras teatrales aburridamente dramáticas. Creo que la vida tiene demasiadas contrariedades para que nosotros las aumentemos con conversaciones de duelo y lecturas lloronas.

Si alguien se propone conquistarme le aconsejo que se deje la seriedad en el perchero, en unión del sombrero y el bastón, y entre en mi cuarto con la sonrisa en los labios y el donaire en la punta de la lengua. Segura estoy de que ustedes piensan lo mismo que yo.

Lo que no creo tan firmemente es que el público haya llegado hasta aquí.

¿Quién me metería á escribir cosas para LA HOJA DE PARRA?

Caridad Alvarez.

LUIS FREG

Sí, señor; de Méjico, para servir á ustedes. Vi la luz primera en la capital de la República, en una casa de la «calle de los Hombres Ilustres», nada menos. Mi padre era español y mi madre es americana. Servidor, como toda la generación nueva, soy «del mundo».

Quiero á mi tierra porque es la mía y la de mi madre; adoro á España porque aquí nació el autor de mis días, y por Francia, por Inglaterra, por Rusia, por la China, hasta por ese Imperio de Marruecos que tanto miedo mete, siento excepcionales ternuras.... En todas partes se crían muchachas guapas, y á mi edad esta es la mejor ejecutoria de un país...

... ¿Que si soy enamoradizo?... ¿Y cómo no, cuando la sangre moza bulle en las venas? A mí deme usted (es un decir) una rubia esbelta, ó una morenucha apretada de carnes, ó una trigueña con un dedo sobre la marca, y me tiene más contento que si me hubiera tocado una corrida de Veraguas bravos y claritos. Lo mismo me importa que sean polacas, que sean suecas, que sean del Japón. A los diez minutos, «cosmopolitas». Y sin necesidad de esperanto. ¡Palabra!...



LUIS FREG

... ¿Aventuras?... Le diré á usted: en Méjico alguna que otra. Aquí, en España, no he tenido tiempo todavía. Acabo de llegar como ustedes saben; no he toreado mas que tres corridas y he tenido la desgracia de que en una de ellas—la que toreé en Alicante—, me enganchara un torito por salva sea la parte, obligándome á guardar cama cerca de tres semanas. Una usted esto á que, como es natural, la idea de hacerme aquí un cartel me obsesiona por ahora al punto de hacerme olvidar todo lo que no sea logrado pronto y bien, y comprenderá que es cierto lo que digo. He visto, sí, mujeres que marean; si se han puesto á tiro en la calle, en el café ó en el teatro, ó en la plaza las he musitado al pasar «lo que suele decirse»; pero como aún no me conocen, ni yo tampoco he tenido ocasión de trabar amistades femeninas, estoy «sin alternativa».

Espero que todo se andará y confío en que no regresaré á mi país tan desconsolado que tenga que irme una noche de luna á llorar bajo las ramas del árbol secular que rememora la noche triste de Hernán Cortés....

Mis amigos se han empeñado en que una viuda joven, rica y no mal parecida anda loquita perdía por mi persona, pero yo creo que esas son fantasías y ganas de comprometerme.

Aun me quedan muchos años de juventud, y estoy decidido á correrla todo lo que pueda, porque el que no lo hace de soltero, una vez casado puede encalabrinarse con una *gachí* y entonces ¡ay felicidad conyugal!

Conste, señoras—así no dirán que las engaño—, que por ahora no me caso, pues aunque soy tan joven, cumplo cerca de mi madre y de mis dos hermanas, á las que adoro, funciones de «pater familiæ», y no siento la necesidad de crearme otro hogar.

Además, soplan sobre el mundo civilizado vientos de igualdad que nos hablan de radicales y fundamentales transformaciones de lo estatuído: magistratura, Ejército, matrimonio, etc., y lo menos que puede hacer un hombre que ha nacido en la calle de los Hombres Ilustres, es aguardar un poco para ver en lo que para todo eso.

¿No es así?

Luis Freg.

LA HUELLA

I

De pronto terminaron las relaciones. Aun sin terminar la carrera, Fernando volvióse al pueblo. Ni siquiera despidióse de Lita.

Noches y más noches estuvo ésta esperándole, sin que apareciese, como otras veces, con tanta puntualidad á las citas. ¿Era una deserción? Pues infamia igual nunca se había visto. En tan grave aprieto, ¿qué iba á hacer ella? ¿Contarlo todo? Eso nunca.

Fernando la había prometido casarse, reparar la vergüenza cometida. Sin duda, lo haría. Confiaba ciegamente en su cariño. Tantas promesas de amor, los juramentos hechos, las locuras realizadas, no podían acabar así, de golpe, con una huida cobarde. Estaba bien segura de ello. Pero, ¿dónde estaba?...

Al preguntar la criada en la casa donde Fernando se hospedaba, le contestaron que había salido de Madrid. Corriendo los días recibió carta. Rasgó el sobre con manos febriles, al conocer la letra. Era suya.

Contaba en ella la precipitación con que tuvo que emprender el viaje. Tan pronto recibió noticia de hallarse enfermo gravemente su padre, allá en el pueblo, momentos antes de salir el último tren, hasta sin equipaje púsose en marcha. No tuvo tiempo de despedirse. Pedía perdones y hacía nuevas protestas de amor.

Y así pasaron meses, recibiendo cartas, ya las últimas ni tan frecuentes ni tan apasionadamente escritas.

II

Lita estaba triste y pensativa. Huía no sólo salir á la calle, sino también evitaba estar mucho tiempo al lado de su padre. Era hija única y á más su madre había muerto cuando ella nació. Para su cuidado había una vieja sirvienta de la casa que, como á hija, miraba y quería á Lita. Cuantos más días pasaban, más desmejoraba el rostro de la chica.

—¿Qué te pasa? Tú estás mala. Será preciso llamar al médico.

Y la voz del padre, temblando de emoción y miedo, parecía que oraba.

—No; médico no quiero. No lo llames.

Procuraba el padre buscar medios de distracción para la enferma.



ANGEL GUERRA

—Te vas á morir en esta casa. No hay que apurarse, tonta. ¿Que te dejó el novio? Pues, ¡vaya con Dios! Hombres no faltan. Serénate, distráete; no pienses más en ese *silbante*. Mejor ha sido así. A tiempo se marchó. Peor hubiese sido después de casado. ¡Y el muy canalla me había pedido tu mano y entraba en casa como si ya fuera de la familia! A mí nunca me gustó.

—Si yo no lo quiero ya. Pero no tengo más que ganas de estar sola, de llorar...

Estaba ya el plan convenido. Era necesario sortear hábilmente el conflicto. ¿Cómo confesarse?

Al entrar en casa el padre por la noche, Lita le dijo:

—¿Sabes? Han estado aquí hoy mis amiguitas, las de Trillo. Se van al campo mañana. Quieren llevarme á pasar allí unos días. Dicen que me sentarán mucho los aires de la sierra, y que me distraeré la mar, pues lo que tengo es mucha tristeza. ¿Me dejarás ir?

—Bueno, irás. Pero, ¿cómo no me lo han dicho á mí?

—No han querido esperar. ¡Suponte! Tienen que hacer un sinnúmero de visitas para despedirse. El tiempo es oro, papá.

No se habló más. Era cosa hecha el viaje.

III

Extrañaba al padre no recibir carta de Lita. En los quince primeros días, invariablemente llegaba por la mañana el cartero con las cariñosas letras de la chica. Pero ya iban para ocho días de silencio. ¿Estaría enferma?

Pues el mal vendría de pronto, porque las noticias que Lita daba en todas sus cartas, es que se sentía muy bien y que en breve regresaría con unos deseos muy grandes de estar con su padre, de cuya ausencia no podía consolarse ni aún viviendo entre amigas tan buenas como las de Trillo.

Si tardaba un día más la carta, era cosa resuelta que se pondría en marcha al instante. ¡Qué pena si llegara á morirse la niña sin estrecharla en sus brazos!

Pero la carta vino. Había tenido poca cosa; una leve calenturilla por haber corrido en el campo y después sentarse á descansar al fresco del agua de una fuente. Imprevisiones de chiquillas. ¡Ah! Y que, en la semana próxima, ya estaría en casa de retorno. ¡Cuántos mimos le traería! ¡Y un beso largo, muy grande, para un papá muy querido!

No le cabía en el pecho el júbilo al viejo. Las carantoñas de la chica contentaban su ánimo, ya cansado de las luchas de la vida.

—Es una santa—exclamaba para sus adentros—. Y en honor de tal la tenía. Si no fuese por ella, ¿para qué le servía vivir?

Al fin llegó Lita. No había recobrado del todo los colores, borrados en la palidez enfermiza de su rostro, pero había en él alegría, despreocupación, buenos síntomas de salud.

—¡Bravo campo! Te ha curado de amores.

—Sí...

IV

—¿Quién demonios llamará?—dijo y se levantó de la silla, para salir al corredor.

—¿Pero no oyen la campanilla?

Nadie respondía, y de nuevo sonó el timbre de la puerta.

—¡Lita!... ¡Lita!...

—Petraaa!...

—Deben haber salido á misa.

No recordaba que era domingo. ¡Ah, sí, me dijeron que iban á la iglesia! Esa Lita ha caído en la santurronería. ¡Si yo siempre dije que iba para santa! Y abrió la puerta.

—Pase.

—Entró una lugareña, con traje dominguero y un lío al brazo. Robusta, joven, frisando en los treinta años, traía en las ropas olor á campo.

—¿Está la señorita?

—¿Quién?

—La señorita Adela.

—Sí; Lita.. ¿Qué se ofrece?

—Pues, á traerle esto.

—¿Qué es?

—La ropa.

—Mejor es que la espere. Yo no entiendo en cosas de lavandera.

—Si es la ropa del niño. ¡Murió el pobrecito ayer!

—Pero, ¿está usted loca? ¿Un niño? Váyase. Se ha equivocado de casa.

—No; si es aquí. ine de Mesta hace ocho días á cobrar el salario de mi comadre, que era la nodriza. ¡Si viera qué hermoso era el angelito! ¡Lo grave que estuvo su madre durante ocho días! Creo que la cuidó mi comadre mejor que á su Petra, la que se casó con mi Pancho.

—¡Un hijo!... ¡Ella!

Y el viejo desplomóse en tierra, á tiempo que sonaba la campanilla de la puerta. Abrió la lugareña, y en el umbral sonó un grito. Llegaba Lita.

Angel Guerra.



El papá.—Niño, ¿de qué conoces tú á esa mujer... que la saludas?

El niño.—¡Anda, pues si es donde vine la otra noche de visita con mamá y tu amigo Ramón!...

CANTARES

No vendas, niña, tu cuerpo,
aunque te lo paguen caro;
nieve que cae en la calle
pronto se convierte en barro.

✣

Si es cierto, como aseguran,
que hablan los ojos, morena,
¡qué cosas deben decirse
los nuestros cuando se encuentran!

A. Sanchez Garrere.

LA POSESIÓN DE TOMASA

Los que conocemos las intimidades del simpático Leopoldo X... sabemos que la suerte acaba de burlarle de un modo cruel.

Leopoldo vive en Madrid con pretexto de estudiar Derecho; pero lo que en realidad hace es holgar y divertirse cuanto puede, esperando la muerte de su tío Cleofás, riquísimo octogenario que reside habitualmente en Aranjuez.

Don Cleofás era solterón, y no tenía otro pariente que su sobrino, á quien quería entrañablemente, lo cual autoriza á creer que á su muerte todos sus bienes pasarían á manos de Leopoldo. Este, por lo menos, así lo esperaba y con él sus queridas, quienes, por desinteresadas que fuesen, no veían la necesidad de que el verdadero amor y el dinero anduviesen divorciados.

A principios de Mayo, Leopoldo fué á pasar una temporadita á casa de su tío, y contra lo que era de suponer, le encontró ágil, erguido y con la mirada fija y brillante de los que no piensan morirse nunca. Con don Cleofás vivía en calidad de sirviente una mocetona robusta y gallarda, con la cual Leopoldo supuso, desde luego, que su tío espantaba el tedio de sus noches. Mientras almorzaban, el joven no pudo abstenerse de embromar al anciano, manifestándole sus sospechas.

—Vamos, tío—dijo—me parece que usted y Tomasa... ¿Qué tal?...

—No digas tonterías.

—Bueno es usted para no regalarse con un bocado tan rico...

—¡Botarate!—repuso don Cleofás riendo; —cuando yo tenía tu edad... ¡no digo que no!... pero ahora... no estoy para zaragatas.

—¡Hipócrita!

—Palabra de honor...

Y lo negó tantas veces y con tal naturalidad, que Leopoldo llegó á convencerse que se había equivocado.

En los días sucesivos, el joven pudo advertir que Tomasita le miraba con singular complacencia, le mullía el lecho con mucho esmero y hasta una mañana se atrevió á entrar en su dormitorio para arreglarle la corbata... En los primeros momentos, el estudiante, temiendo disgustar á su tío, decidió huir valerosamente la tentación; pero Tomasa parecía cada vez más enamoriscada; don Cleofás, que era muy madrugador, se acostaba temprano, y Leopoldo acabó por creer que si procedía con la debida cautela, el amor de Tomasa, lejos de perjudicarle, podría favorecerle eficazmente en lo porvenir. La joven, cuyos consejos pesaban indudablemente en el ánimo de don Cleofás, contribuiría á reforzar el cariño de éste, hacia su sobrino, ofreciéndosele

NUESTRAS ARTISTAS



¿...?

como ejemplo de muchachos trabajadores, juiciosos, etc., etc...

Con estos pensamientos renunció á su poco gallardo papel de hombre melindroso y casto; empezó á ponerle á Tomasa cara de risa, y luego vinieron los abrazos, los pellizquitos excitantes y los besos dados á hurtadillas...

Las soñarreras que acometían á don Cleofás después de cenar precipitaron la caída de Tomasa, y el afortunado Leopoldo pasó en Aranjuez un delicioso mes de Junio. Y cuando, á mediados de Julio, regresó á Madrid, estaba contento de sí mismo, convencido de ser un hombre práctico que sabía arreglar sus asuntos perfectamente, y teniendo de Tomasa un recuerdo dulce y perfumado, como un ramillete de flores silvestres.

*
* *

Mis lectores calcularán el corage y desesperación de Leopoldo cuando hace pocos días recibió una carta de don Cleofás, redactada en estos términos:

Aranjuez, 20 Septiembre.

Mi querido sobrino:

Te escribo estos renglones para anunciarte una gran noticia.

¿Te acuerdas de Tomasa, aquella moza que yo tenía á mi servicio?... Pues bien, hay secretos que á los ochenta años no pueden confesarse sin cierto rubor; pero, en fin, ya comprenderás... Ella y yo...

Ahora la pobrecita está encinta de tres meses, y renuncio á describirte mi alegría. Un chico era lo único que yo necesitaba para ser feliz. El mes próximo me caso con Tomasita, y no puedes imaginarte cuán tranquilo estoy teniendo un hijo y una mujer honrada que sepa conservar los bienes que yo acaparé con tantos afanes. Pronto iremos á verte mi mujer y yo.

Recibe, entre tanto, un prternal abrazo de tu tío.

CLEOFÁS.

Leopoldo, como es natural, está asombrado. Y piensa que la posesión de Tomasa la ha pagado con una fortuna...

Fernando Amado.

UN BESO

Mostraste ante mis ojos, ciega, amante,
la esplendidez carnal de tu figura,
la línea de tu cuerpo suave y pura,
la palidez mortal de tu semblante.
Se unió al tuyo mi cuerpo palpitante
en un abrazo fuerte de locura,
ansioso de gustar hasta la hartura
el placer que ofrecías delirante.
Deshecho tu cabello en lluvia de oro,
sin que tuvieras del amor la calma,
se unieron nuestros labios inconscientes
y de la unión brotó beso sonoro;
que de haber resbalado hacia mi alma
lo hubiera triturado con los dientes.

Joaquín Dicenta (hijo).



—¿En qué *lau mi* echo, *Dionisio?*
—Es igual. Donde *quia t'eches.. t'ha* de salir la *mesma* cuenta.

ESPECTÁCULOS RECOMENDABLES

El teatro Romea se ha transformado totalmente. Antes se iba allí sólo por ver las hermosas mujeres que por su escenario desfilan, pero el publiquito y la falta de comodidad y gusto en la ornamentación retraían á muchos. Hoy todo ha cambiado, y ya no sólo se recrea la vista con las exuberancias hermosísimas de la bella Montalvito, que canta muy lindamente clásicas tonadillas, y con las ágiles piruetas de gentilísimas bailarinas, sino que la concurrencia es muy selecta y la sala está artísticamente decorada.

LA SIESTA

ALCOBA *modesta, cama de matrimonio, luz escasa, medio día; es Agosto.*

..... correteé, hombre, correteé, que ocupas toda la cama; me *tiés acongojá* en el rincón.

—Cómo se conoce que ya va *pa* seis meses que nos *casemos*.

—*Pa* vosotros, los hombres, no hay más que una cosa; ¡la tenéis á una frita! ¡Si yo sé que el casarse es esto!

—No *paece* sino que tú no ocupas sitio.

—A ver, qué le voy á hacer; no será por mi culpa... ¡digo, si tú quieres!

—De eso, ni pío; quererte siempre...

—Sí, sobre todo los sábados.

—Y los lunes, y los viernes, y los...

—Callaté, que hoy es sábado y no te voy á creer.

—Estás preciosa cuando te enfadas, morucha.

—Bueno; estate quieto y correté, te he dicho.

—La que se ha de correr has de ser tú, que nunca te corres aunque le veas á uno como le veas.

—A la otra puerta.

—¡Miá que *seis* tercas las señoras *casás!*

—¡Porque se puede!

—¡Porque se quiere!

—Muchas gracias por la vida... no *lo* hacéis mal el papel de amo... respéteme usted, que soy el higuero.

—Ja... ja...

—¡Consuelo!

—¡Enrique!

—¡Ahí te quedas, y bien ancha!

—No corras, hombre; espera...

—¡Suelta... tú... que... un día te doy un zurrío...; bueno, andaté jugando!

—¡Y la cara hinchá!

—Bueno; ¿qué quieres?

—No seas súpito; espera... ¿sabes quién ha venido esta mañana?

—La trapera.

—La... narices; la señá Carmen, á decirme que nos deja el del fleco más largo en veinte duros... por ser *pa* nosotros. Yo la he dicho que sin contar contigo...

—¿Y se lo ha llevao?

—Te diré... ¡chiquillo, te ha crecido esta guía... ha estao en un tris que me sacas un ojo; pues yo la dije: dejeló usted por si ese lo quiere ver: la tuve que dejar señal... porque tú no sabes las golosas que tiene el mantoncito... ¡Miá que voy á estar con él!... ¡Me vas á lucir tú poco!...

—Lo de estar bien, será de aquí á tres ó cuatro meses, porque lo que es ahora...

—Parece que te complaces en sacarme los colores, siempre hablas de lo mismo... *bástase* que sabes que me da vergüenza.

—A ver si se va á enfadar mi negra y no va á poder dar achares con el Manila...

—¿Nos quedamos con él, verdad?

—Usted manda, madrina.

—¡Qué maridito tengo, si lo supieran por ahí!... Vente *pa cá*, hombre, que estás á cien leguas, ni que *tuviá* yo el cólera!...

.....

—Oye, ¿nos quedamos con él, verdad tú?

—Sí mujer... déjame ahora... que si...

—Que lo de los veinte duros es una broma, que son cincuenta...

— ... lo que quieras... mujer...

En el café, las cinco de la tarde.

... chicos, ¡vaya una siestecita!... ¡cincuenta duros.

—Habrá sido la reina mora.

—Sí, mi mujer, y gracias...

Luis Huidobro.

LA EXPERIENCIA



Ella.—No debías haberle dicho al mozo que éramos marido y mujer.

—¿Por qué, tonta?

—Porque... ya verás; nos van á servir de cualquier modo.

LA VERDAD DE LA INTERVIEW

CONQUE, ¿es usted periodista?

—Sí, señora.

—Y ¿qué deseaba usted?

—Pues, poquita cosa... Celebrar con usted una interview. Soy redactor del semario feminista *La Dalia Azul* y tengo encargo de conferenciar con las... artistas más en boga.

—Vamos, sí. Usted es un hombre amable y un poco diplomático, y no se atreve á llamar las cosas por su nombre. El encargo que usted cumplimenta es el de visitar á las... pecadoras de más fuste.

El sonríe. Ella continúa bonachona.

—Bien; estoy á sus órdenes: pregúnteme usted...

El saca lápiz y papel, y disponiéndose á escribir, dice:

—¿Qué opina usted del matrimonio?

—Que es el verdugo amortajador de las grandes pasiones.

—¿Y del adulterio?

—Que es el perfume del matrimonio, la gran esperanza de los que se casan, el gran recurso de los que se aburren bajo el peso de la marital coyunda... El adulterio, como la viudez, es una emancipación...

—¿Cuáles son sus autores favoritos?

—Dicenta y Felipe Trigo. ¡He aprendido en sus cuentos tantos refinamientos! Acaso á ellos les debo lo que soy.

—¿Qué perfume prefiere usted?

—El almizcle, por ser el más afrodisiaco.

—¿Qué flores le agradan más?

—Las de brillantes.

—¿Su color favorito?

—El del oro.

—¿Su animal predilecto?

—El hombre.

El periodista da las gracias, guarda las notas y continúa hablando.

Ella es joven, bonita, parladora, simpática y no parece inaccesible al capricho. El, mientras habla de cosas frívolas y mundanas, piensa en el inmenso poderío de la Prensa, del «cuarto poder», y en que para algo es redactor de *La Dalia Azul*. ¡Qué diablo!

También los anuncios valen mucho dinero.

—De modo—añade—que usted aparece de vez en cuando en nuestros «music-hall»...

—Alguna vez que otra. Ya sabe usted, la Otero, la Cleo de Mérode, la Fornarina...; todas las grandes hetairas son artistas. El escenario suele ser para nosotras la máscara artística del pecado...

En aquel momento ella piensa, á su vez, que aquel muchacho no mal parecido, qu por lo visto tiene en la Prensa buenas relaciones, puede servirla de mucho. Y, ¡qué trómpolis! También los favores de una mujer bonita valen un anuncio.

Después hablaron de modas.

—Lo que más importa—dijo ella—son los trajes interiores; camisas y pantalones de seda, medias de superior calidad... Lo demás, en mi concepto, es accidental...

Y corroboró sus afirmaciones desabrochándose el corpiño y quitándose la falda... Ninguno de los dos se había atrevido á enunciar sus deseos, y no obstante se comprendían; aquello debía de ser y era un canje de favores.

Luego ella continuó hablando:

—¿A qué andar con rubores importunos? Quiero que me conozca usted del todo, tal cual soy...

—Es usted muy amable.

—Usted comprenderá mi intención.

—Perfectamente.

—A las mujeres hay que estudiarlas en la intimidad, porque en la calle ó en la escena todas somos iguales.

—Tenga usted la seguridad de que procuraré corresponderla...

—Gracias mil. Casualmente mis criadas han salido y estoy sola. ¿Quiere usted ver mi casa?

Él hizo un gesto afirmativo y ambos salieron del salón. Ella iba delante moviendo sus caderas con la ufanía propia de la mujer viciosa que va á entregarse. Él...

.....

.....

Él, á la semana siguiente, comparaba á la pecadora interviuvada con Cleopatra y Aspasia... La verdad es que hay mercedes inolvidables que no se pagan ni aun mintiendo á sabiendas de que se miente...

Jacinto Carmín.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL
Marqués de Cubas, 7.—Madrid